

---

## EDITORIAL\*

---

*A great democracy has got to be progressive, or it will soon cease to be either great or a democracy* (Theodore Roosevelt, 1910).

### I

Gideon Rachman, analista internacional del Financial Times, en el año 2022 publicó un libro titulado *The Age of the Strongman*, traducido al español como *La era de los líderes autoritarios*. Empezando con el ruso Putin, y terminando con el etíope Abiy Ahmed, el autor analiza el papel de líderes como el turco Erdogan, el chino Xi Jinping, el indio Modi, el húngaro Orbán, el polaco Kaczynski, el inglés Johnson, el estadounidense Trump, el filipino Duterte, el árabe Mohamed bin Salmán, el israelí Netanyahu, el brasileño Bolsonaro y el mexicano López Obrador. La inclusión de Boris Johnson en la lista de líderes autoritarios ha causado alguna controversia, pero el autor sostiene que a todos ellos, sin importar el signo político con el que se identifican, con alguna cautela y sentido de las proporciones, es posible compararlos, ya sean elegidos democráticamente – como Trump, Bolsonaro, Bukele o Modi –, o sean autócratas como Xi o Mohamed bin Salmán: todos comparten el menosprecio por las normas y/o la voluntad de erosionar las instituciones democráticas.

Aparte de Rachman, son muchos los autores, con credenciales democráticas fuera de toda duda –amén de varios de ellos que se consideran conservadores de centro derecha, como Anne Applebaun –que afirman que la elección de varios de los nombrados es una verdadera catástrofe política. Como mínimo hablan de *recesión democrática*, cuando no de *estado terminal* u *ocaso* de la democracia, para referirse al momento actual.

¿Cómo fue posible esto? La elección de Trump, Bolsonaro, Orbán, Modi, López Obrador o Kaczynsk, es consecuencia de una labor de minado constante de la confianza en la ciencia y en el sector público de casi cinco décadas –el neoliberalismo llevado al extremo, dice Francis Fukuyama, diagnóstico en el que coincide con Martha Nussbaum y

\* DOI: <https://doi.org/10.18601/01245996.v25n49.01>

Michael Sandel, por mencionar solo tres autores poco sospechosos de radicalismo político—. El malestar social, consecuencia de las reformas económicas de los años 70 y 80, es una explicación, al menos parcial, de la erosión que experimentan las instituciones democráticas. Refiriéndose a la victoria de Donald Trump, la filósofa Nussbaum dice que estaba segura de que “las invocaciones al miedo y a la ira serían desoídas”. Se equivocó. Los académicos tienden a subestimar la verdadera *textura de la vida*. No esperaban que se impusiera lo que Nussbaum llamó *la monarquía del miedo*. Los problemas de los que echan mano los líderes fuertes para socavar las instituciones son reales: estancamiento de la renta de la clase media baja, descenso en la esperanza de vida, aumento de los costos de la educación, sentimiento de abandono por parte de quienes dicen ser sus representantes. Son problemas muy complejos, cuya difícil solución requiere tiempo. De ahí que resulte mucho más fácil, y rentable políticamente —en el largo plazo todos estaremos muertos— culpar a los inmigrantes, a las minorías raciales, a las mujeres, a la población LGTBI, a los comunistas, cuando no a las élites globalistas que se han apoderado de *nuestro* país. Las apelaciones a la patria, a la familia, a la religión, a las tradiciones, o a la nación, son recurrentes en los líderes autoritarios. El avance paulatino de los partidarios de democracias sin liberalismo es un problema político grave, que cuestiona la afirmación confiada de que las democracias liberales cuentan con los anticuerpos necesarios para neutralizar las enfermedades que las amenazan.

Es necesario que los políticos demócratas reconozcan —y así se lo digan a sus electores— que los lodos que tienen a los sistemas democráticos en la mayor crisis desde el ascenso de los fascismos de los años treinta del siglo pasado, provienen de polvos que se empezaron a levantar hace casi medio siglo. Sólo en un pantano así pudieron germinar los *hechos alternativos*<sup>1</sup> de la campaña de Donald Trump. Freedom House señaló, para el 2020, que ya iban quince años consecutivos de disminución de la libertad a nivel global. Rachman habla de una “prolongada recesión democrática”. Por su parte, las tecnologías de la información pueden ser utilizadas para vigilar, rastrear y controlar a los ciudadanos. Es el mundo de George Orwell.

Otro rasgo del ascenso de los líderes autoritarios es el desprecio por el Estado de derecho. Un expresidente colombiano no tuvo mayor apuro en sostener que “el estado de opinión es la fase superior del

<sup>1</sup> Así llamó Kellyanne Conway, jefa de campaña y asesora presidencial de Donald Trump, a las mentiras de Sean Spicer, Secretario de Prensa de la Casa Blanca.

Estado de derecho”, sugiriendo que la conexión directa con el pueblo es preferible al complicado sistema de pesos y contrapesos de la democracia constitucional. Lo mismo que los seguidores de Boris Johnson, quienes afirmaban que el Parlamento es una institución inútil.

La supervivencia de la democracia pasa por no olvidar lo que dijo el escritor estadounidense John Dos Passos: *ningún hombre es lo bastante bueno para que se le confíe algo más que un poder limitado sobre sus congéneres*. El líder autoritario cree –y una legión de votantes está dispuesta a seguirlo –que, si no es él, nadie puede solucionar los graves problemas causantes del malestar económico, social y político. Del “solo yo puedo arreglarlo” del exmandatario estadounidense a la reelección en caso de *hecatombe* del exmandatario colombiano, los líderes fuertes se presentan como indispensables. Se trata de liderazgos mesiánicos, similares a los que Max Weber llamaba carismáticos, con supuestas cualidades excepcionales, cuando no sobrehumanas, capaces de sustituir –así lo creen sus correligionarios –al Estado. Cuando las cosas no les salen como esperaban acusan a sus contradictores de practicar fraude electoral masivo. El bulo de Trump fue repetido por Bolsonaro y por la actual oposición política colombiana. El libreto es el mismo y sus partidarios lo afirman sinceramente. Los presidentes derrotados en su intento de reelección instigaron a sus votantes, convertidos en violenta turba, a desconocer los resultados electorales a la fuerza.

Una respuesta a esta situación que emponzoña el debate político es volver a pensar el tema del Estado, vilipendiado como enemigo de la libertad individual y del crecimiento económico. La ciudadanía tiene que volver a creer que el gobierno no es un problema, sino una solución para la provisión de servicios públicos esenciales. Si los ciudadanos llegan a convencerse –y hartos que se han esforzado los políticos en conseguir que así sea –de que los políticos sedicientemente demócratas son meros cómplices, y beneficiarios, de un proceso cuya finalidad es el enriquecimiento de unos pocos a costa de los muchos, se dará pábulo a teorías conspiratorias alucinantes. Otra tarea por hacer es enfrentar el tema de la desigualdad. No en vano un porcentaje creciente de la opinión pública europea y estadounidense ha llegado a convencerse de que la democracia es incompatible con el capitalismo. Si no hay esperanza de mejorar económicamente la democracia es una de las primeras víctimas. Es la historia de Europa durante la Gran Depresión. Desde Aristóteles es sabido que la desigualdad genera inestabilidad. Y también con Aristóteles aprendimos que el propósito de la política es la *vida buena*, no meramente facilitar el comercio y la

acumulación. El mapa electoral estadounidense en las elecciones de noviembre de 2016 muestra que el ganador se alzó con los votos de quienes han perdido con la globalización. Lo mismo se puede decir en relación con la geografía del Brexit.

El ascenso del fascismo y el comunismo fueron reacciones a la globalización de los mercados y a la incapacidad del liberalismo para lidiar con la desigualdad que dicha globalización trajo consigo. Se vendió fácil la idea de que la situación catastrófica era el resultado de una conspiración urdida entre élites traidoras y poderes extranjeros con el propósito de destruir la nación. No importa si es en Hungría, en España, en Colombia o en Polonia, hay un grupo creciente de votantes que están firmemente convencidos de que los supuestos poderes sobrehumanos de George Soros y de Bill Gates, en alianza con los “intelectuales de izquierdas” —es decir, todos los que no son como ellos— están acabando con la familia, la patria, la propiedad privada, la tradición y el cristianismo.

Los políticos e intelectuales que comparten el ideario de la democracia liberal tienen que ser capaces de asumir el reto que representa esta cultura de la conspiración. No es suficiente, ni conveniente políticamente, desde el retiro a los cuarteles de invierno de la racionalidad, descalificar a quienes comparten ese tipo de cultura, como sujetos premodernos, representantes irracionales de atavismos sociales y políticos, propios de épocas oscurantistas y superticiosas. Buena parte del discurso iliberal está enfocado en atacar las élites intelectuales y profesionales, que han querido hacer de la meritocracia el único criterio de asignación de los bienes públicos y privados. Tanto en Estados Unidos como en Inglaterra las personas que tienen menos años de escolaridad han sido cooptadas por los partidos de derecha, en tanto que los partidos de centro izquierda se nutren de las personas más educadas, lo cual representa una inversión de lo que tradicionalmente ha sido la historia política de ambos países. Si los demócratas no quieren ver que sus opciones de gobierno languidecen en cada elección, tienen que asumir que lo que el filósofo Michael Sandel llama *El Descontento Democrático* es, en parte, su responsabilidad. Es eso, o el mundo asistirá a lo que Anne Applebaum denomina *El Ocaso de la Democracia*, para referirse al caso de Polonia. El liberalismo tiene que ser capaz de conjurar el encanto del autoritarismo.

Rachman advierte que son los jóvenes los que más han perdido la fe en el sistema democrático: en el Reino Unido menos del 20% de los menores de 24 años creen que la democracia funciona. Cifras similares se presentan en muchos países occidentales. La situación

actual recuerda lo que pasó con la generación joven en el período de entreguerras: no en vano se la conoce como la *generación perdida*.

## II

En 2023 se conmemoran acontecimientos y hechos significativos para la historia de la economía y de las doctrinas económicas. En Colombia tenemos el centenario de la creación de su banco central que, con el nombre de Banco de la República, fue instituido con la Ley 25 de 1923. Al Banco de la República le fueron conferidas las facultades de emitir la moneda legal, ser prestamista en última instancia, actuar como banquero del Gobierno, administrar las reservas internacionales, fijar la tasa de descuento e intervenir la tasa de interés. A este centenario está dedicado el primer artículo del presente número, *El Tiempo en el Banco de la República*, de Mauricio Avella. El autor muestra que la creación de un banco, tanto más un banco central, es un acontecimiento situado en el tiempo, en un contexto económico, social y político determinado, en el que, necesariamente, aparecerán problemas redistributivos, con ganadores y perdedores, tanto a nivel económico como social y político.

Centenarios importantes para la disciplina son la conmemoración de los trescientos años del nacimiento de Adam Smith (1723-1790) y los doscientos años del fallecimiento de David Ricardo (1772-1823), los principales exponentes de la economía política clásica. También, el 29 de octubre se cumple un siglo del establecimiento de la República de Turquía, hoy en cabeza de Recep Tayyip Erdoğan quien es uno de los más representativos *líderes autoritarios*, exponente de esa tendencia de gobiernos autocráticos, que se las han arreglado desde el interior de sistemas democráticos para ir socavando el sistema institucional de pesos y contrapesos y dejar el solamente el cascarón del sistema democrático<sup>2</sup>

Al primero de los acontecimientos mencionados está dedicado el cuarto artículo, titulado *La mano invisible de Smith. Un acercamiento a partir del análisis metafórico*, escrito por los profesores Rafael Barrera, Álvaro Gallardo y Clarena Muñoz Dagua, de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Los autores, haciendo uso del análisis metafórico, muestran que la metáfora de Smith acerca de la *mano indivisible*, no sólo es la piedra angular de la teoría económica moderna, sino que la interpretación habitual de la misma, en el sentido de que la mano

<sup>2</sup> Cfr. Zenonas Tziarras (2018): Erdoganist authoritarianism and the 'new' Turkey, Southeast European and Black Sea Studies, DOI: 10.1080/14683857.2018.1540408

invisible es la encarnación de la capacidad autorreguladora del mercado, es muy discutible, por decir lo menos.

El segundo artículo, *Políticas de país y logros de regiones: el caso de la calidad de la educación secundaria en Colombia*, autoría de Andrea Franco, Arlen Guarín, Carlos Medina y Christian Posso, vinculados al Banco de la República, demuestra que, a pesar de que los principios que rigen la política educativa del sector público en Colombia son homogéneos, no hay evidencia de que haya convergencia en sus resultados. De hecho, hay una gran disparidad en los logros obtenidos por la educación pública y la del sector privado. También hay una divergencia notable entre los resultados obtenidos en las principales ciudades del país y los de regiones como las costas pacífica y atlántica.

El texto de Luciana Cadahia, *El papel de los significantes y los afectos en la teoría populista*, es una reflexión acerca del populismo, en la senda de Ernesto Laclau, autor de *La razón populista* (2005). El uso de la palabra populismo es polémico. Incluso hay quienes, como Oscar Chamosa, teniendo en cuenta que sirve para referirse a personas o movimientos tan disímiles como Trump, Bolsonaro, Xi Jinping, Orbán, Erdogan, Putin, Le Pen, Modi, Berlusconi, Vox – por el ala derecha– y a Petro, López Obrador, los Kirchner, Lula Da Silva, Cháves y Maduro, Eva Perón y Evo Morales – por el ala izquierda– son partidarios de que deje de usarse, pues su ambigüedad es tal que su destino no debía ser otro que la papelera. Sin embargo, Luciana Cadahia vuelve a pensar el concepto de populismo en un intento por dotarlo de validez y sentido, lejos del uso académico, peyorativo, al uso, tanto en los Estados Unidos como en Europa. La acepción comúnmente aceptada es que populismo es una muestra de la falta de madurez de los políticos y sus votantes, de su irracionalidad, de su desprecio por las instituciones y por la estabilidad macroeconómica.

Después tenemos dos artículos que abordan el tema del desarrollo sostenible y la posibilidad de implantar un Green New Deal. El primero de ellos, *Economía circular: una aproximación a su origen, evolución e importancia como modelo de desarrollo sostenible*, de Andy Espinoza, docente en la Universidad Marítima Internacional de Panamá, indaga en los antecedentes de la economía circular, como son la economía ambiental y la ecología industrial, mostrando la posibilidad de que la adopción de un modelo de desarrollo sostenible impacte positivamente tanto el crecimiento económico como la creación de empleo y contribuir de ese modo a la consecución de las metas trazada en la Agenda 2030. En la misma estela se encuentra el artículo de Juan Diego Medina Salinas, *Retos para instaurar un Green New Deal en Colombia*, el cual se de-

fine como la movilización de recursos con el objetivo de eliminar las emisiones de gas de efecto invernadero mediante la consecución de energía 100% renovable. El propósito del mismo es identificar qué cambios institucionales necesita Colombia para implementar un Green New Deal.

En este año de 2023 también se conmemoran 120 años de la separación de Panamá de Colombia. El artículo *Infrastructure and Caribbean migration in Panama, middle 19th and early 20th Centuries*, de Juan Santiago Correa, es un estudio del impacto demográfico que tuvo en el Istmo la construcción del ferrocarril y del Canal de Panamá.

El texto de Esteban Morillo Martínez, *La economía política del crecimiento económico: la inestabilidad fundamental y el caso del supermultiplicador sraffiano*, desarrolla la idea de presentar una alternativa al pensamiento neoclásico acerca del crecimiento y la política económica. Para ello se hace un recorrido por la historia de las teorías del crecimiento, como el modelo de Harrod y las soluciones que se le han dado al problema de la inestabilidad.

El texto *Identificar y repensar el pluralismo teórico en economía. Más allá de la integración de paradigmas en competencia*, de Camilo Andrés Guevara y Juan David Alonso es un artículo epistemológico y metodológico, el cual aborda el tema del pluralismo en las ciencias económicas, distinguiendo entre el monismo metodológico y pluralismos aparentes. La apuesta es por un verdadero pluralismo metodológico, que sea capaz de integrar los aportes de otras ciencias que también tienen por objeto el estudio de las decisiones humanas. El último artículo, *Estimación de la eficiencia de las empresas de servicios públicos domiciliarios en Colombia*, de David Rodríguez Guevara, Fred Restrepo Giraldo y Alfredo Trespalacios es una propuesta metodológica para medir la eficiencia de los servicios públicos en Colombia, para evidenciar qué empresas son las más eficientes del sector y cuáles son las menos eficientes.